

EL DÍA QUE RICARDO PERDIÓ SU ALMUERZO

-¡Ricardo!

El papá gritó otra vez, pero no hubo respuesta.

- ¿Dónde se metió este muchacho? -preguntó el papá.

- Es una lástima -dijo la mamá, bastante molesta-; el almuerzo se va a enfriar.

- Bueno, nos iremos sin él si no regresa enseguida -dijo el papá.

Ricardo estaba siempre olvidando algo. En la mañana había olvidado dónde había dejado sus zapatos la noche anterior. Después le costaba acordarse dónde había dejado su gorro. Dejaba en casa libros que debía llevar a la escuela, y dejaba en la escuela libros que debía traer a casa. Pero su mayor problema era llevar la cuenta del tiempo. Aunque le habían regalado un hermoso reloj para su último cumpleaños, todavía se olvidaba de mirarlo cuando era más necesario que lo hiciera.

En este momento estaba caminando bastante lejos, por la orilla del mar, interesado sólo en su red para camarones. No había otra cosa que le interesara. Se le había dicho que regresara sin falta a la una menos cuarto, para que la familia pudiera regresar en el auto a tiempo para el almuerzo.

Pero Ricardo estaba tan feliz y contento que se olvidó completamente de su promesa de regresar. Estaba fuera de vista del resto del grupo, y nadie sabía dónde se había ido. El papá, la mamá, su hermana, sus hermanos, todos lo llamaron a gritos, pero en vano. No se veían rastros de Ricardo ningún lado.

- ¿Pero dónde puede estar? -preguntó la mamá, preocupada - . ¿Crees que le puede haber pasado algo

- No, no creo - dijo el papá -. Una vez más es su viejo problema. Se ha entusiasmado con algo y olvidó su promesa. Yo me voy a casa.

- ¿Qué? ¿Y lo vamos a dejar? - preguntó la mamá.

- Pobre Ricardo -dijo la hermana.

-Se lo merece -dijo el hermano.

- Yo quiero mi almuerzo -rogó el hermanito más chico.

-Suban al auto -dijo el papá.

-Oh -dijo la mamá- No quisiera irme y dejarlo aquí.

- Yo tampoco quiero eso -dijo el papá -, pero tendrá que aprender alguna vez que debe cumplir sus promesas.

- ¿No quieres que miremos una vez más? -rogó la hermana- Tan sólo tomará un momento.

- Está bien -replicó el papá -. Miraré una vez más. Dejando a los demás en el auto, el papá buscó otra vez y llamó a Ricardo con todas sus fuerzas. Pero no aparecía. Cuando el papá regresó al auto, había una mirada de mucha determinación en su rostro. No diría una palabra más sobre el tema. Apretó el acelerador y se dirigió a casa a almorzar.

El almuerzo estaba muy bueno, pero por alguna razón nadie pareció disfrutarlo demasiado. De vez en cuando alguien decía: "Me gustaría que Ricardo estuviera aquí con nosotros", o "¿no es cierto que esto le gustaría a Ricardo?", y el hermanito menor repetía: "Deberíamos guardar algo para Ricardo, ¿no es cierto?" Habían pasado dos horas cuando regresaron a la playa. Cuando el auto se acercaba al lugar de estacionamiento, el hermano menor comenzó a gritar:

-¡Ya lo vi! ¡Ya lo vi!

Allí estaba Ricardo. Había regresado cuando se le ocurrió, y se había encontrado con que todos se habían ido. Nunca antes en toda su vida se había sentido tan abandonado. ¡Y todos se habían ido a almorzar! ¡Almuerzo! El sólo pensarlo lo hacía sentir desesperadamente hambriento. Empezó a imaginarse las cosas ricas que todos estarían comiendo, y se sentía más y más hambriento. Luego, al ver que nadie iba a regresar hasta después de almorzar, se había tirado en la arena junto a un bote, y había tratado de olvidar sus problemas.

Ricardo todavía estaba mirando el cielo cuando lo sobresaltaron las apresuradas pisadas de sus hermanos que corrían hacia él.

- ¡De modo que aquí estabas! -dijo la hermana -. Bueno, me alegro de que no te haya pasado nada.

- Tuvimos un almuerzo riquísimo -dijo el hermano- Te perdiste algo bueno, te lo aseguro, por llegar tarde.

Ricardo trató de parecer como que no le importaba demasiado, y que no tenía el más mínimo apetito.

Y entonces apareció el papá en la escena.

- Lamentamos dejarte, Ricardo -dijo-, pero tendrás que aprender algún día que cumplir a tiempo con las promesas es un asunto importante.

-Creo que sí -dijo Ricardo.

- Es muy importante -repitió el papá.

En ese momento, el hermanito menor se acercó a Ricardo y le susurró al oído:

- Te he traído algo de mi almuerzo. Lo tengo envuelto en un pañuelo en el bolsillo de mi pantalón.

-¡Oh, qué bueno! ¡Gracias! -exclamó Ricardo-. No olvidaré esto, hermanito.

Y la pura verdad es que tampoco olvidó la lección aprendida ese día.